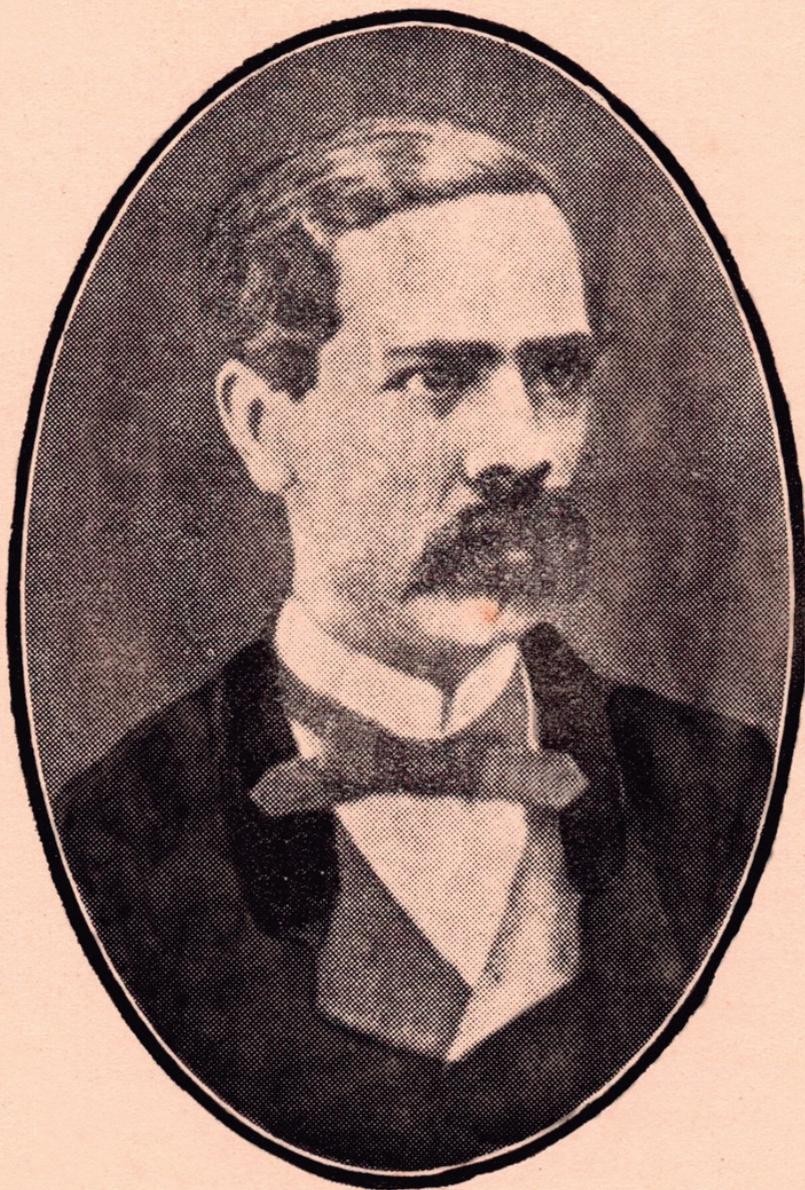


|
LA AVENTURA DE UNA VIDA
O EL TRIUNFO CULTURAL
DEL MESTIZO



■
Ricardo Palma en
1864, Feliú Cruz,
Guillermo, En Torno de
Ricardo Palma, 1933:
Prensas de la
Universidad de Chile,
p. 33.

El futuro escritor nació en Lima el 7 de febrero de 1833. Sus padres fueron provincianos, Pedro Palma (Cajabamba, Huamachuco, Trujillo) y Dominga Soriano (Cañete). Fue bautizado con el nombre de Manuel Palma. En diversos documentos, su padre es calificado de *pardo* o *indígena* y su madre de *cuarterona*. El padre era mercachifle, es decir, vendedor ambulante de telas y otros productos. La madre abandonó el hogar y el niño, desde los 10 años aproximadamente, fue criado por las abuelas. El futuro escritor creció en una casa modesta, profundamente religiosa y en un ambiente social variopinto culturalmente (Año 1994, páginas 20-65).

A los 15 años Palma publicó sus primeros versos románticos en el diario *El Comercio* (el soneto «A la memoria de la Sra. D.^a Petronila Romero»). Desde la adolescencia, se dedicó al periodismo y se convirtió en miembro de la novísima romántica generación —con Manuel Nicolás Corpancho, José Arnaldo Márquez, Clemente Althaus, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, Trinidad Fernández, entre otros—, nacidos entre la tercera y cuarta década del siglo XIX. Estos años juveniles de altos ideales literarios y aprendizajes sociopolíticos se recrean en su libro de memorias *La bohemia de mi tiempo*. También escribió obras de teatro, tanto dramas (*El Hijo del Sol*, *La hermana del verdugo*, *La muerte o la libertad* y *Rodil*) como comedias (*Los piquines de la niña*, *Criollos y afrancesados*, *¡Sanguijuela!* y *El santo de Panchita*, con Manuel Ascencio Segura).

Fue alumno irregular del Colegio de San Carlos, pero debido a sus dificultades económicas no culminó sus estudios, sino que empezó a trabajar. Así, en 1853 ingresó al Cuerpo Político de la Armada como oficial tercero. Por ello, durante unos meses estuvo embarcado en la goleta de guerra «Libertad», estacionada en las islas de Chincha, y en 1855 naufragó a bordo del vapor «Rímac». En 1856, cuando se adhirió a la revolución del general Manuel Ignacio de Vivanco, el joven Palma esgrimía ideas liberales y masónicas. Pocos años después, participó en el asalto al domicilio del presidente Ramón Castilla, el 23 de noviembre de 1860. Ante el fracaso del golpe, Palma se autoexilió en Chile, donde realizó labores literarias y periodísticas, especialmente en la *Revista de Sud-América*.

En octubre de 1862 volvió a Lima, contando ya con cierto prestigio intelectual. Debido a su cercanía al régimen del general Juan Antonio Pezet, lo nombraron cónsul del Perú en el

Pará (Belén), importante puerto brasileño, pero antes de asumir el cargo, Palma viajó a varias ciudades de Europa, donde agotó sus fondos, por lo que no pudo asumir el consulado y tuvo que volver a Perú. Aquí se unió a la revolución nacionalista originada por el tratado firmado con España, donde Perú aceptaba la mayoría de exigencias de dicho país, el mismo que no fue ratificado por el Congreso. Después tuvo que exiliarse en Ecuador, donde se sumó a la campaña revolucionaria del coronel José Balta, adhesión que posteriormente fue recompensada con la senaduría por el departamento de Loreto. Palma fue un aliado y soporte letrado tanto de la aventura revolucionaria como de la campaña presidencial de Balta; por ello, el nuevo presidente lo designó como su secretario personal, cargo que ocupó entre 1868 y 1872. Este fue el pináculo de su carrera política.

En 1872 publicó su primera serie de *Tradiciones* en formato de libro y después prosiguieron otras tres series más en esa década. Todos estos libros fueron recopilaciones de las tradiciones, que ya se habían publicado previamente en periódicos y revistas locales. Este conjunto de libros le otorgó fama en Hispanoamérica. Además, Palma fue retirándose de la política activa para dedicarse a la literatura. En 1876 se casó con Cristina Román. En 1878 fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Durante la guerra con Chile, él perdió su vivienda, su biblioteca, archivo epistolar y obras inéditas en el incendio del pueblo de Miraflores. Además, por ser corresponsal de periódicos extranjeros, sufrió represalias durante la ocupación de Lima. En noviembre 1883 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional del Perú por el presidente Miguel Iglesias. En el desempeño de sus funciones para reconstruir la Biblioteca, destruida por los chilenos, se ganó el apelativo de «bibliotecario mendigo», al solicitar constantemente la donación de libros a importantes personas e instituciones, lo que le permitió reabrir el histórico local el 28 de julio de 1884. Dirigió esta institución durante 29 años.

En 1887 organizó e instaló la Academia Peruana por encargo de la Academia Española, con los más destacados escritores nacionales. Cuatro años después, publicó un poema como colofón a la octava serie de tradiciones. Aunque reconoce que en su inspiración “no se ha agotado el jugo para el embrollo”, reclama la “cesantía” de su pluma. Es decir, que a pesar de conservar sus facultades mentales en plena actividad, busca el descanso ma-

terial. Realizó el elogio de su trabajo (los ocho libros de las *Tradiciones*) y precisó el esfuerzo mental que significó invertir “fósforo del cerebro” en su obra literaria. Finalmente, Palma cedió su lugar a los futuros escritores.

En 1892 viajó a España como delegado oficial del Perú a las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América, donde pudo supervisar la publicación de sus *Tradiciones* peruanas por la editorial Montaner y Simón de Barcelona. Publicó en *El Comercio* reportajes de su viaje, realizado con sus hijos Angélica y Ricardo y después el libro *Recuerdos de España* (1897).

En 1912 renunció a la Biblioteca Nacional por un grave desacuerdo con el presidente Leguía. Esto originó un homenaje y una protesta; las principales figuras intelectuales de la Generación del 900 organizaron la velada en el Teatro Municipal y respaldaron al escritor.

Como todo escritor del XIX, Palma colaboró constantemente en diversas publicaciones literarias y políticas; entre las más importantes destacamos las siguientes: *El Diablo* (1848), *El Herald de Lima* (1854), *La Zamacueca Política* (1859), *La Revista de Lima* (1859-1863), *La Campana* (1867), *La Patria* (1876-1878), *La Broma* (1877-1878), *El Perú Ilustrado* (1887-1892) y *Prisma* (1905-1907). Además, muchas de sus tradiciones se reprodujeron en diversas publicaciones americanas, como *Revista de Sud-América*, *La Estrella de Chile*, *Revista de Buenos Aires*, *Revista del Pacífico*.

De sus varios años consagrados a la Biblioteca, hay una notable descripción de César Miró, ya en el siglo XX: “Pequeño brujo, duende sigiloso, se mueve entre sus libros como un alquimista en su laboratorio. Analiza, mide, compara, anota en su breve fórmula con los signos de su personal nomenclatura” (Año 1953, página 182). Las fuerzas se agotan e incluso un médico le prohíbe escribir más tradiciones en 1908 por el esfuerzo mental y desgaste físico que le ocasionan. Su ciclo creativo más fecundo ha terminado, pero seguirá atento a la escena literaria y teatral. En 1917 recompuso la Academia Peruana y escribió algunas remembranzas literarias y sus últimos versos. Murió el 6 de octubre de 1919.